

De cómo el Grillo era hombre de cumplir su palabra, y Tetzahuil muy noble para faltar á sus promesas.

**D**OÑA Isabel quedó viviendo en el palacio de Cortés, despues de la salida de la expedicion, y estaba triste, porque se encontró de repente aislada, con la ausencia del conquistador y de Martin Dorantes.

Rodrigo de Paz tenia gran cariño á la jóven, y procuraba que nada le faltase, y la rodeaba de cuidados y de consideraciones; pero Rodrigo de Paz era un hombre que tenia en su cabeza un torbellino de ideas, y en su corazon una tempestad de pasiones, y apenas si lograba desprenderse de los negocios, podia hablar un momento con su ahijada.

Doña Isabel se pasaba, pues, el dia y la noche en la soledad: en esos dias, Juanilla, la hija de Zapata, comenzó á visitarla por encargo de Mencía.

La primera vez que entró á palacio, á ver á D<sup>a</sup> Isabel, le sirvió de pretexto ofrecerla en venta unos bordados que habia hecho, y luego con eso se intimó la amistad, y Jua-

nilla fué muy pronto la compañera de Isabel durante el dia.

Pero durante la noche D<sup>a</sup> Isabel volvía á quedar sola, y por costumbre tenia, la de salir á uno de los espaciosos corredores á contemplar la luna, sentada tristemente en un ancho sitial.

Pasaban durante estas largas meditaciones, por delante de Isabel, muchas de las personas que tenian su habitacion en palacio, ó que iban á él de visita; unas la saludaban y otras no; pero ella contestaba con tal indiferencia, que nadie se atrevia á emprender conversacion.

No faltaron soldados y caballeros que la miraran con aficion y procuraran distraerla con sus músicas y con sus paseos; no faltaron algunas veces ramos de exquisitas flores, dejados como al descuido, intencionalmente, en el lugar en que ella acostumbraba sentarse.

Una mujer hermosa y aislada, es una tentacion casi irresistible, y todos quieren probar fortuna; pero los galanes encontraban al dia siguiente sus flores marchitas, en el mismo lugar en que las habian dejado, y las músicas disgustaban tanto á la jóven, que muchas veces, al comenzar á sonar, se encerraba ella en su aposento.

Todos concluyeron por declarar que aquella era una hermosura insensible, que aquella era una plaza inexpugnable, y todos desertaron sucesivamente de su empresa, desalentados, y desalentando á los que pretendian emprender algo; y D<sup>a</sup> Isabel se vió libre de pretensiones.

Un hombre, sin embargo, apareció un dia en acecho de la dama; pero con tanta precaucion, con tanto cuidado, que nadie lo pudo comprender; y á fé que si le hubiera visto álguien, de seguro que le hubieran sospechado la mi-

sion que llevaba; porque aquel hombre, demasiado conocido, no era otro que Ginés de Saldaña, el Grillo.

Ginés intentaba, á no dudarlo, hablar á Isabel, y para ello y ante todo procuró conocer las costumbres de aquella dama, que muy pronto pudo saber; que durante el dia, Juquilla no se separaba de su lado, y durante la noche siempre estaba sola.

Formó su plan: hablarle de dia, era imposible; necesitaba aprovechar la noche, y además, acercarse á ella, de manera que ella nada maliciase de su mision, y se negase á contestarle.

El Grillo tomó sus precauciones, hizo sus preparativos, y á la segunda noche despues de su conferencia con Tetzahuitl, se presentó á D<sup>a</sup> Isabel cubierto con una vieja capa de soldado, y arrastrando penosamente la pierna larga.

D<sup>a</sup> Isabel, sin duda, creyó que era uno de tantos que pasaban por allí sin detenerse, y apenas se fijó en él.

—Señora,—dijo Ginés poniéndose humildemente á presencia de la dama;—¿me permitirá vuesa merced que le dé un recado que traigo para vuesa merced, de la parte de mi señor Martin Dorantes?

—¿De allá venís?—preguntó con interes D<sup>a</sup> Isabel.

—De allá vengo, y bien enfermo, por desgracia; y quizá no me viera aquí vuesa merced, si no fuera por un milagro patente que Dios quiso obrar conmigo, y del que hablaré á vuesa merced, si me lo permite, despues de darle el recado.

—Os lo permito, y aun mas; sentaos: ¿qué dice Dorantes?

—No mas que besa á vuesa merced las manos, como á su señora y dueña;—dijo sentándose en el suelo Ginés y

fingiendo un gran cansancio;—encargóme que agregase que queda bueno, y con muchos deseos de volver, aunque difícil es, porque la expedicion va larga.

—Qué hemos de hacer!—exclamó D<sup>a</sup> Isabel con mas indiferencia que resignacion.

—Bueno!—pensó el Grillo;—parece que no la interesa mucho la suerte de Dorantes; ya le veo la cimera al casco lleno de polvo de oro.

Y luego, en voz alta, dijo:

—Antes que se me pase, ó que vuesa merced me despida, quiero contarle el milagro de que le hablé, y en el que vuesa merced toma parte.

—¡Yo!

—Sí; escúcheme vuesa merced con paciencia.—Es el caso, que ya llegando cerca de México, en esas montañas tan sombrías y pavorosas, alcanzóme la tempestad, cerróseme la noche, perdí el camino, y extraviéme completamente y sin esperanza: estaba yo en un lugar desconocido y terrible; á mis plantas un abismo inmenso, en donde flotaba como un oceáno de nubes negras y densas, que despedían rayos, y truenos, y relámpagos; sobre mi cabeza otra tempestad; entre los gigantescos árboles que me rodeaban, el huracán, desarraigando los pinos y haciéndolos bailar una danza infernal, y por todas partes el rugido de mil torrentes que se despeñaban entre la oscuridad, produciendo un concierto aterrador en aquel desórden de la naturaleza.

Doña Isabel comenzaba ya á escuchar con curiosidad aquel relato, y Ginés, como fatigado por el recuerdo, limpió su frente, y tomó aliento para continuar con su historia.

—Yo estaba fatigado, no podía dar paso, mis piés sangraban, mis piernas se negaban á sostenerme, mis ojos, fatigados por el esfuerzo de buscar la senda en la oscuridad, se cerraban, y la lluvia que caía á torrentes, empapaba toda mi ropa y me hacía tiritar de frío; no pude continuar mi marcha; los rayos se sucedían sin intermision, el terreno parecía huir bajo mis piés, y sentí un vértigo espantoso, perdí la cabeza y caí en tierra murmurando una oracion.

Ginés volvió á callar, observando el efecto de su relacion; tosió, suspiró, y mirando que D<sup>a</sup> Inés estaba atenta, continuó:

—Algun tiempo permanecí en aquella situacion; pero cuando volví en mis sentidos, la tempestad habia pasado, y se escuchaban apenas, á lo lejos, sus últimos rugidos, y se descubrian apenas los últimos relámpagos, y no llovía, y solo de los árboles caían las gotas depositadas en las hojas, sobre la maleza, produciendo un sonido triste. Alcé el rostro, me incorporé, y dando gracias á Dios por haberme salvado de aquel peligro, probé á levantarme; la noche estaba aún muy oscura; pero quise caminar, sin embargo, apoyándome en un grueso baston: dí algunos pasos, cuando de repente descubrí un resplandor cerca de mí, y luego otro, y otro y otros muchos, y todos avanzaban hácia donde yo me encontraba.

—¿Y qué era?—preguntó D<sup>a</sup> Isabel.

—Ahora verá vuesa merced lo mas terrible: al ver yo aquellas luces, comencé á temblar, y me santigué devotamente, porque para mí eran brujas ó almas en pena. Me oculté entre un matorral y comencé á rezar, porque se acercaban mas á cada momento, y ya distinguía yo sus voces.

Por fin, llegaron, y entonces con terror conocí que eran indios, y que me buscaban; porque sin duda alguno de ellos me descubrió en la tarde.

—¿Y cómo sabíais que os buscaban?

—Señora, porque iban hablando, y yo entiendo bien el idioma de ellos,—dijo Ginés, orgulloso de haber encontrado una oportunidad de lucirse.

—¿Cuánto me alegro!—exclamó D<sup>a</sup> Isabel.—¿Y qué decían?

—Que por allí debía yo de estar, y que era preciso apoderarse de mí, y matarme: ocultéme lo mejor que pude; hubiera huido, si hubiera tenido fuerzas; pero no podía ni andar, y me metí entre la maleza y cerré los ojos, creyendo que así me verían menos: oía yo el ruido de sus pasos muy cerca de mí; se alejaban, se acercaban, hasta que de repente me estremecí, como herido de un rayo; una mano robusta cayó sobre mi cuello: me habian hecho prisionero.

—¿Y cómo no os mataron?

—Ahí está el milagro de vuesa merced; en un instante me sentí atado de piés y manos, levantado en hombros, y conducido con extraordinaria velocidad. Caminaron conmigo como media legua, y llegaron por fin á la entrada de una gran cueva, en la que penetramos. Aquel antro era mas negro que la misma noche, y á pesar de que mis conductores llevaban teas, apenas se iluminaba una pequeña parte del recinto, cubierto por todas partes de erizadas rocas. En el fondo de la cueva me dejaron sobre una gran piedra, que en el centro de un amplio salon subterráneo habia, y comenzaron á hablar de mí. No cansaré á vuesa merced con lo que dijeron; el resultado fué, que se decretó mi muerte en el momento, por ser yo español; les

hablé en su idioma, y se irritaron mas: entonces me desnudaron completamente, me tendieron bien en la piedra, y uno de ellos, con un agudo pedernal en forma de cuchillo, se adelantó hácia mí: me estremecí, el terror de la muerte hizo crujir mis huesos y rechinar mis dientes; volví el rostro, y cerré obstinadamente los ojos.

Sentí en mi frente el aliento del hombre que iba á matarme.....

## 8

Conclúyese el asunto del anterior capítulo.

**G**INÉS volvió á hacer una larga pausa, limpióse con el envés de la capa el trasudor de la congoja que no tenia; suspiró, lamióse los labios, como para dar á entender que tenia secas las fauces con solo el recuerdo de su aventura; acomodó con las manos y lo mejor que pudo su pierna larga, y continuó.

—En aquel supremo trance, que como el postrimero de mi vida, juzgaba, encomendéme de todo corazon á Nuestra Señora y á su divino Hijo, y ofrecíles mi alma, en caso de que á salir llegase de esta vida mortal. Pero ¡oh prodigio! cuando esperaba sentir el bárbaro golpe, hé aquí que una voz fuerte y enérgica grita al que me iba á sacrificar:— «detente!»—alzo entonces los ojos y descubro, á la rojiza claridad de las antorchas, un hombre, que no sé si porque salvado me habia, ó porque lo fuera en efecto, me pareció tan noble, tan garboso y tan bello como el arcángel San Ga-